

BELLAS ARTES.



RUBENS.

S

UELE decirse que hay hombres que llevan en su nombre su alabanza: hombres augustos y venerables que al través de las vicisitudes del siglo supieron elevarse sobre sus iguales sin intrigas ni arteros manejos, sino en hombros de su propio mérito y de una probidad no desmentida; que supieron adquirirse una reputación bien ganada, robustecerla y conservarla, legando á la posteridad un nombre immaculado;

Segunda serie. — Tomo III.

hombres en fin cuya vida es una historia, y cuyo nombre es una página gloriosa para la patria que les dió el ser.

Tal es el hombre de quien vamos á tratar, célebre y recomendable bajo los diversos aspectos que ofrece su vida: buen padre de familias, sagaz político y artista eminente; y si bien es verdad que esto último fue lo que exclusivamente acreditó su nombre, tampoco tiene duda que contribuyeron á darle aun mas lustre su probidad y su buen

18 de abril de 1841.

tacto diplomático, á la manera que las proezas militares del manco de Lepanto realzan aun mas los laureles literarios de Cervantes.

Pedro Pablo Rubens nació en Amberes el día 20 de junio de 1577, aunque algunos aseguran que fue en Colonia, y cuando menos es positivo que su padre vivía en esta última ciudad el año de 1575, donde nació su hermano Francisco, de una familia noble aunque no muy rica: su padre le acomodó en clase de pagé en casa de la condesa de Lalain; pero aquel género de vida era muy poco análogo á las inclinaciones del jóven Rubens, que finalmente se dejó llevar enteramente de su pasión por la pintura; estudió los principios de dibujo con Adau Van Oel, y despues pasó á la escuela de Octavio Van Veen: su disposición precoz sobrepasó bien pronto á las lecciones del maestro, y Rubens, poco satisfecho de las obras que podia estudiar en su país, á la edad de 23 años marchó á Italia donde le llamaba su deseo de perfeccionarse.

Entre las varias escuelas que se ofrecieron allí á su vista, eligió la del Caravaggio como la mas análoga al estilo que habia tomado: pero al ver los cuadros de Julio Romano, Pablo Veronés, Ticiano y Tintoretto, desechó las maneras algo duras que habia contraído, y formó un estilo peculiar suyo en que procuró refundir lo que mejor le habia parecido en cada uno, sin ligarse á determinada escuela, y conservando siempre una gran parte de la escuela flamenco que primero habia seguido. Seria cosa muy pesada seguirle en sus viages artísticos por la Italia: hospedado honoríficamente en el palacio ducal de Mantua, recibido con aplausos en Venecia, y rodeado de los mas célebres artistas de Roma.

Poco tiempo despues de su regreso á Flandes, María de Médicis informada de su raro mérito, le llamó á Paris para valerse de sus conocimientos en el adorno del famoso palacio de Luxemburgo. Rubens quedó encargado de varios cuadros para el adorno de sus galerías, y volvió á su casa de Amberes para ejecutarlos, pues lograba allí mas quietud que en Paris, á donde regresó para colocarlos. Encargóse entonces de la galería que tenia ideada María Médicis, que debia representar la historia de su esposo Henrique IV. Ya tenia principiados varios de ellos cuando la desgraciada caída de la reina viuda vino á suspender aquella obra grandiosa. Vino á España en la comitiva del príncipe de Gales cuando su malogrado proyecto de casamiento con la infanta Doña María; y escogió al príncipe muchos de los cuadros que estrajo para su país.

Aquí termina por de prauto la vida artística de Rubens para presentarse bajo otro aspecto harto diferente y aun inconexo con el anterior: tales son las negociaciones diplomáticas de Rubens, sus frecuentes viages artísticos, su probidad bien conocida y la celebridad de su nombre le hacian accesible á las personas de mas alta gerarquía, y muy á propósito para el desempeño de negociaciones secretas entre los gabinetes, que se valian de él mucho mejor por la misma razon de no tener ningun carácter diplomático, y poder encubrir sus viages con el pretexto de las artes.

Deseoso el duque de Buckingham de entrar en relaciones amistosas con la España, echó mano de Rubens para que soudease el ánimo de la infanta Doña Isabel, viuda del archiduque Alberto, gobernador de los Países-Bajos, y si lo creia oportuno le indicase sus intenciones pacíficas: Rubens que gozaba del aprecio de aquella princesa, manejó el asunto con tal acierto que mereció que le enviase á España á tratar directamente sobre aquel negocio, y recibir las instrucciones de la corte. Felipe IV, apasionado de los artistas, no pudo menos de admirar la discrecion y los vastos conocimientos del pintor flamenco, le condecoró con la cruz de Santiago, confiriéndole al mismo tiempo el cargo de secretario de su consejo privado. Partió en seguida

para Bruselas á dar cuenta á la infanta del éxito de su comision, y en seguida marchó á Inglaterra para terminar el trato de paz entablado ya por su mediacion entre ambas potencias. Verificóse este á satisfaccion de ambas partes, y el rey de Inglaterra Carlos I para demostrarle su agrado por el feliz éxito de sus negociaciones, le entregó á presencia del parlamento la espada que llevaba ceñida: ademas le hizo caballero de la orden del Baño, aumentó al escudo de armas de su familia un cuartel con un leon, y le regaló un precioso diamante que llevaba en su anillo, y un cintillo guarnecido igualmente de diamantes. No fueron menores las distinciones que recibió á su regreso á España, habiendo sido agraciado con la llave de oro como gentil-hombre de cámara. Afortunadamente para las artes la vida política de Rubens terminó con estos honores, y la llave de oro que tan fatal fue para Velazquez, sirvió á Rubens de honor y no de oficio.

Colmado de favores y riquezas regresó Rubens á su patria, destoso de poner fin á sus escursiones tanto científicas como diplomáticas, para entregarse de lleno á su pasión por la pintura, á la cual le convidaba su genio amante de la tranquilidad y de la vida sedentaria.

Entonces casó en segundas nupcias con Helena Forment, una de las jóvenes mas hermosas de Amberes, de cuyo matrimonio tuvo varios hijos, entre los que sobresalió Alberto, célebre por su honradez y sus vastos conocimientos.

Tambien alcanzó del rey el que su hijo Francisco le sucediese en el cargo de secretario del consejo de Estado de los Países-Bajos con que le habia honrado tambien Felipe IV.

Rubens habia acumulado gran cantidad de riquezas que le habian proporcionado no solo el agradecimiento y favor de los príncipes á quienes habia servido, sino tambien el precio exorbitante á que se pagaban ya entonces sus pinturas. Su casa era un palacio adornado suntuosamente y digno de un potentado: allí recibía con frecuencia las visitas no solo de todos los extranjeros de distincion que aportaban á la ciudad de Amberes, sino tambien de los gobernadores de los Países-Bajos, que le trataban familiarmente, y de todos los príncipes de Europa que atravesaban por Flandes, y que pagaban á peso de oro el gusto de ser retratados de su mano, ó llevar algun recuerdo del hombre grande, cuya gloria era entonces europea.

Presentóse un dia á las puertas de su casa un inglés, que dijo ser un viajero que deseaba ver al caballero Rubens para tratar con él asuntos de importancia. Conducido á presencia de Rubens le ofreció con mucho misterio revelar el secreto de la piedra filosofal, añadiendo que siendo él un alquimista de pocos recursos, no tenia los suficientes para adquirir los ingredientes necesarios para obtener aquel último resultado. Entonces Rubens le tomó de la mano, y llevándole á su estudio, le dijo: "Amigo mio, venis demasiado tarde: hace ya veinte años que descubrí yo ese mismo secreto."

—¿Cómo puede ser eso, exclamó sorprendido el inglés, si jamás he oido decir que hayais estudiado química, y á pesar de mis conocimientos, he inventado yo mas de cuarenta en el estudio del gran secreto?

—Ved aquí toda mi alquimia, respondió Rubens, y mostrándole su paleta y sus pinceles, "con estos, dijo, hace veinte años que descubrí el secreto de convertir en oro las ocras y las cenizas."

Corria pacíficamente la vida de Rubens respetado de sus conciudadanos, admirado de los sabios é inteligentes, y rodeado de una pequeña corte: de resultados de la vida sedentaria á que se habia entregado en el último tercio de su vida, le atacó la gota, que le redujó á no poder salir de casa:

á pesar de eso no abandonó su ocupacion favorita de la pintura mientras tuvo espeditas las manos, y ya que no podia dedicarse á los grandes cuadros y estudiadas composiciones, trabajaba otros menores, y retocaba sus dibujos. Algunos de ellos fueron reproducidos por los mejores grabadores de aquel tiempo, al paso que la prensa daba á luz sus principales manuscritos, entre los que llamaban mas la atencion el tratado sobre la pintura, y otro sobre la arquitectura italiana.

Llegó por fin una época en que paralizado casi enteramente tuvo que postrarse en una cama, esperando la muerte con resignacion. Acababa de recibir los sacramentos, y su familia llorosa y afligida rodeaba el lecho fúnebre.

Rubens yacia sumergido en un letargo, ó aquella especie de sopor que constituye el medio entre la vida y la muerte: toda la familia permanecia en un profundo silencio, sin que se oyese mas que algunos mal reprimidos sollozos: oyóse á poco rato en la sala inmediata el ruido de alguna persona que se aproximaba cautelosamente; el ruido de los pasos se apagaba en la alfombra, pero con todo dejaba oír el de las espuelas; todos volvieron la vista hácia el indiscreto que venia en aquel momento solemnemente á turbar el dolor de una familia. Era Van-Dik... el discípulo predilecto, el amigo de Rubens, que venia turbado y presuroso á recoger el último suspiro de su maestro Rubens: abrió sus párpados casi cerrados, y estrechó la mano de su discípulo: poco despues falleció el día 30 de mayo de 1640, á la edad de 73 años.

La ciudad de Amberes dió las señales mas positivas de dolor en la muerte de Rubens: las autoridades, la nobleza, el clero, todos acudieron á porfia para acompañar el féretro, y el día del funeral se colocó sobre el túmulo, segun refiere cierto autor contemporáneo, un almohadon de terciopelo sobre el que se puso una corona dorada. Las autoridades acordaron erigir un monumento á su gloria, y costear su sepulcro que fue colocado en una de las capillas del trascoro de la iglesia parroquial de S. Juan, en donde permanece, siendo un objeto de veneracion para los naturales, y de curiosidad para los extranjeros que no dejan de acudir á visitarlo.

En otro artículo hablaremos sobre el mérito artístico de sus obras.

acudieron á las estinguidas comunidades religiosas. En efecto, bajo las bóvedas sombrías de estos edificios, consagrados en otro tiempo al retiro y á la fé, á las ciencias y á la literatura, han hallado tambien las artes un noble asilo y hospedage, asentando su trono en los silenciosos y venerables claustros de estos antiguos monumentos, que respiran aun aquel ascetismo característico de nuestra edad media, bañados por la melancólica tinta del misterio y de la abstraccion religiosa.

Bajo estas bóvedas, sobre los altares de estas iglesias el sublime pincel de los Murillos y Zurbaranos, el fecundo de los Riberas y Rochas, y los inteligentes cincelos de los Canos y Berruguets han brillado con todo su esplendor, y han prestado mayor fuerza á las creencias de nuestros padres, que embalsados y llenos de fervor se postraban ante estos lienzos y estas imágenes, las cuales les revelaban la verdad y grandeza de los misterios que representaban.

No es Andujar la ciudad que mas monumentos artísticos encierra en su seno, ni tampoco la que puede contar con menos, que sean dignos de mencionarse. Las cinco parroquias que hay en ella, Sta. Maria, Sta. Marina, San Bartolomé, S. Miguel y Santiago, adonde se han refugiado los restos escapados de las manos de los extranjeros, y de los que maliciosamente se han dado el título de *inteligentes ó protectores de las artes*, dan un testimonio auténtico de que no ha sido Andujar estéril en precusidades de este género.

La iglesia mayor, y tal vez la mas antigua, consagrada á la Virgen con el título de Sta. Maria, que en su parte exterior pertenece al género *plateresco*, como prueba su bien ejecutada y graciosa portada, y en la interior al *gótico* adulterado algun tanto, es dueña de algunos cuadros y estigias dignas de la contemplacion de los artistas, ya por lo bien desempeñado de su ejecucion, ya por ser otras tantas páginas de la historia de la pintura y la escultura. El *alto-relieve* del santo entierro que se encuentra en una de las capillas laterales de este templo acatado por sus recuerdos, perteneciendo á la primera época de la restauracion de las artes en Europa y á la escuela italiana, forma un maravilloso contraste por su antigüedad y perfeccion con las demas estatuas que se ven á su alrededor, y que le hacen resaltar mas todavía. En él se halla la rigidez de Rafael y Michael Angel en el dibujo, con todo el carácter de las artes de aquel siglo ventajoso para la humanidad. El Cristo, que reposa blandamente sobre el sepulcro, y en cuyo rostro brilla aun la divinidad de su origen, cuyo corazon ha dejado de latir para salvar á los mismos que le habian sacrificado, como protagonista de aquel cuadro doloroso y tierno, es la figura en que el artista quiso expresar todo el fuego de su imaginacion, llevado en alas de su atrevido genio: la blanda elevacion de aquel pecho, la muelle inclinacion de aquel cuello, que sostuvieron la cabeza sabia é inspirada de todo un Dios, la tierna languidez de aquellos brazos, la mortal rigidez de aquellas piernas, cada una de las partes en fin, y todas juntas revelan el superior talento del escultor, que no fue por desgracia tan feliz en los demas personajes, y que ó no estudió con el detenimiento debido la degradacion de los términos, ó no conocia el efecto que debian producir las distancias en un relieve.

Pero generalmente las cabezas están llenas de expresion y sentimiento, y dan á conocer la filosofia que guió la mano inspirada del artista. La cabeza de la Virgen, sobre todas, animada del mas vivo dolor parece entreabrir los fatigados labios para lanzar un *ay!* de profunda tristeza, y para lamentar la temprana muerte de su hijo querido, que habia bajado al mundo para ser víctima de la ferocidad de los hombres. El ropage de este *alto-relieve*, aunque pertenece al gusto y á la escuela que hemos citado, es algo duro,

ESPAÑA ARTÍSTICA.

ANDUJAR.

Artículo 1.º



PROVERBIAL es en toda la Andalucía que la principal riqueza, y la que ha dado siempre mas honor á las artes españolas, ha estado depositada en las iglesias, principalmente en las que perte-

y los pliegues hacen recortados si bien ligeros, algun que otro defecto de dibujo que se nota en los extremos y algun desajuste en las posiciones de las figuras muestran que el difícil arte de la composición y el delicado gusto de la variedad, y una de las fuentes principales de la belleza, no habían llegado al grado de perfección en que hoy se encuentran. Mas á pesar de esto puede decirse que el Santo entierro de Sta. María es una producción digna de la atención de los inteligentes y aficionados á las artes, y que tal vez fue uno de los grandes pasos que estas dieron para llegar á su apogeo. Mucho sentimos no hallar en aquella ciudad quien nos facilitase los datos necesarios para saber fijamente el nombre del autor de esta obra: ¡ni en los libros de la iglesia á que pertenece hay tampoco nada que lo justifique como hubieramos deseado!...

Entre los muchos cuadros que decoran los muros de Santa María son muy pocos los que merecen mencionarse. Solamente en el altar mayor se hallan dos, que nos hayan llamado la atención. Una adoración de los reyes, de escuela italiana, y una presentación de Jesu-Cristo á Caifás, de la misma escuela. El primer lienzo, que no nos atreveremos á atribuirlo á determinado autor, si bien pudiera decirse que pertenecía al fácil y fecundo pincel del Bazano, está pintado con suma inteligencia, y dispuesta la composición con sencillez y maestría. Solo hubiera sido de desear que los extremos, en especial las manos, estuviesen mejor dibujados, y entonces el cuadro hubiera sido completo. Buen tono, buen colorido, fluidez y transparencia: hé aquí los dones que mas resaltan en este pequeño lienzo, que vendrá con el tiempo á perderse por el abandono en que yace, y esto que para ver lo que en él se contenía, tuvimos que limpiarle mas de una vez.

El segundo cuadro, que como hemos dicho es tambien de escuela italiana, y que representa á Jesus presentado á Caifás, está alumbrado por luz artificial, y es de un efecto admirable. Todas las figuras, si bien cada una desempeña un papel distinto, participan de la nobleza, que hay derramada en la del Salvador, el cual sufre con resignacion y alto alzar la vista del suelo los insultos que le prodigan los insensatos judíos, como preludios del horrendo martirio que habia de sufrir. Revestir de nobleza á unos personajes, que carecen de ella, por solo tomar parte en una escena en que se encuentra el hijo de Dios, es el pensamiento mas grande y filosófico que puede caber en la cabeza de un artista, y tal vez el escollo en que pudiera estrellarse otro que no hubiera sido el autor de la obra que vamos analizando. En la cabeza del sacerdote que recibe la mayor fuerza de luz, y que por lo tanto es una de las mas estudiadas del lienzo, está perfectamente dibujada y pintada con facilidad aunque muy concluida y detallada.

El soldado que se vé en primer término, y que sobresale por oscuro en el centro del cuadro, siendo la figura que decide de su efecto, es una prueba de la mucha inteligencia y filosofía del artista al disponer su obra. Correctamente dibujada brillando en sus armados hombros varios resplandores de la luz despedida por las antorchas que llevan los judíos, y destacando sobre las masas de claro que le rodean pudiera afirmarse que estaba fuera del lienzo, ó decirse que era un espectador pasivo de aquella tumultuosa escena. Una lástima es que esta producción que honra tanto á las artes esté colocada á una altura que no le corresponde, siendo indispensable al que desee contemplarla y observar sus bellezas tener que usar de escaleras para conseguirla.

En la segunda parroquia que lleva por nombre Santa Marina, nada hay, á escepcion de una *Sacra Familia*, digna de recordarse. Este cuadro perteneciente á la escuela italiana, que está colocado en el colateral de la izquierda en un retablo moderno de un gusto pésimo y de peor ejecu-

ción, aparece á la vista del espectador como una perla en un lodazal, y viene á templar la aridez que reina en todo el templo, quizá el mas pobre de Andujar. No sea esto decir que esta *Sacra Familia* es una producción que pueda ponerse al lado de las de los Velazquez y Murillos: no llega á tal punto su mérito, y sin embargo no pudimos menos de consagrarla algunos momentos llenándonos de satisfacción su exámen.

La distribución de las figuras, es decir, la composición dista muy poco de las de otros muchos cuadros que tienen por objeto el mismo asunto por lo que es sencilla y ofrece poca novedad. Pero en cambio todo el cuadro está pintado con mucha transparencia y jugo, brillando en las carnes de los niños aquellas plazas de luz, que tanto caracterizan á los lienzos de la escuela de los Rubens y los Van-Dijk.

El dibujo es bastante correcto, y principalmente las cabezas estan llenas de espresion, resaltando entre todas la del niño Dios que se recuesta sobre el pecho de su amorosa madre. La figura del santo patriarca que suspendido por las gracias del Hijo del Eterno interrumpe su trabajo para gozar en él, llena de un candor extremo, completa aquella escena inocente donde solo se respira placer, amor y mansedumbre.

Por la descripción de las obras de que hemos hablado hasta ahora, podrá deducirse á primera vista que todos los cuadros y todas las estatuas que se encuentran en Andujar, pertenecen á escuelas extranjeras, y que muy poco debe aquella ciudad á los artistas nacionales. Pero por el exámen que haremos en otros artículos de las producciones que enriquecen las demas iglesias, vendremos en conocimiento de la verdad, y obtendremos tal vez por consecuencia lo que fueron las artes por mucho tiempo entre nuestros mayores.

Madrid 1841.

JOSÉ AMADOR DE LOS RÍOS.

LAS CADENAS DE LA BATALLA DE LAS NAVAS.

Al hablar de este monumento de nuestras glorias en el número 9, folio 68 del Semanario de este año, en el artículo de la batalla de las Navas, dijimos que las cadenas que cercaban la tienda del Miramamolín se pusieron en el altar mayor de la catedral de Tudela (entonces colegiata), pero que en el día no estaban allí, ignorándose lo que se habria hecho de ellas. El autor del artículo, habiéndolas echado de menos en el altar, habia preguntado á varias personas de la población, que no supieron darle razon de su paradero.

Posteriormente hemos sabido con gusto por conducto de una de nuestras amables suscriptoras, que existe algun vestigio de este célebre recuerdo histórico, á la derecha del altar mayor de la catedral, donde hay parte de las cadenas puestas al rededor de un pequeño cuadro, que contiene la inscripción siguiente: "Cadenas que dió á esta Santa iglesia el rey D. Sancho el Fuerte, VIII de este nombre, de las que rompió en la tienda del Miramamolín en la batalla de las Navas de Tolosa: año 1212."



(Muerte de Rubens).

RECUERDOS HISTÓRICOS.

EL CASTILLO DE MARCILLA.



El limitado y turbulento reino de Navarra, situado en medio de dos grandes naciones que rivalizaban en ambición y poderío, como un hueso descarnado en medio de dos hambrientos canes, que aguardan un momento de distracción del contrario para tirarse á devorarlo, según el anérgico emblema

del malogrado príncipe de Viana; la patria gloriosa de los Aristas, Sanchos y de Carlos *el noble*, estaba dominada por el ambicioso y prepotente Fernando V de Castilla y Aragón, que pudo añadir á su escudo las cadenas de Navarra, pero no arrancarle sus fueros y libertades, innatos en este país. La hipocresía le condujo á su conquista, la inveterada discordia le allanó el camino, la traición le abrió las puertas.

Mas de un siglo había que la guerra civil, ora bravia y tormentosa como el huracán, ora sorda como el aire pestilente, assolaba sus montañas y despoblaba sus valles: expulsado el último infortunado monarca D. Juan III, gimiendo en los calabozos de Atienza el mariscal de Navarra con la flor de la nobleza, que prefirió á la traición las cárceles y la muerte; todavía no estaban seguros los nuevos dueños de la conservación de su presa, y todo lo tenían

del ánimo resuelto y de la altivez de los vencidos. ¿Como si la tenacidad de la desgracia no amortiguase tan claros y nobles sentimientos.

Tiempo hacia que el cardenal Jimenez de Cisneros aconsejaba al monarca castellano, con cruel y suspicaz política, la demolición de todas las fortalezas y castillos del recién conquistado reino, pero Fernando, mas piadoso ó menos arrojado que su ministro, murió sin consentir en este proyecto. Bien sabía, sin embargo, que al nombrar al cardenal por gobernador de Castilla y de Navarra para despues de su muerte, firmaba tambien el repugnado derribo de las plazas de este último; y por eso vaciló tanto tiempo en su nombramiento: venció por fin en el corazón del moribundo el ascendiente que sobre él tenia la confianza que le inspiraban la sabiduría y sagacidad de Jimenez de Cisneros.

Los temores del monarca se realizaron en el mismo año en que murió. Apoderado el cardenal de las riendas del gobierno en 1516, espidió al punto la citada órden que comprendia por desgracia á todas las ciudades y villas de Navarra, pues revuelto su seno con interminables luchas intestinas, todas ellas estaban fortalecidas.

Y aun poco le parecia tamaño rigor al inflexible cardenal, que meditaba el poblar la Andalucía con los infelices montañeses arrancándoles de sus hogares; de aquellos hogares que ni las plantas de Augusto que pasaron triunfantes todo el orbé pudieron contaminar! Sin duda se acordó el cardenal, al desistir de estotra pensamiento, de la suavidad que le prescribían su profesion y ministerio; ó conoció en su profunda política, que no es la excesiva rigidez la que conserva los pueblos recién conquistados á la devoción del nuevo poseedor.

Para llevar á cabo la primera y atrevida resolución, contaba el gobernador con un hombre cuyo corazón encallado en la aspereza de los combates, era insensible á las lágrimas, sordo á los lamentos y gemidos. Era este el coronel Hernando de Villalva, natural de Plasencia, hombre de genio feroz, y distinguido en la conquista de Navarra por el encarnizamiento con que perseguía al enemigo, que mil veces le cegaba para conseguir el lauro de la victoria, ó cuando menos lo afeaba con la sangre inútil de que estaba salpicado.

Era uno de los que mas usaron al gobernador para la devastación de la presa adquirida; como quiera que se hallase violento en el descanso y dulzuras de la paz.

Quince dias bastaron á este tigre para cubrir de escombros y cenizas á todo Navarra; y era su marcha mas rápida y desastrosa que la de la hoguera, que derrama el huracán por bosques y sembrados. Los moradores veían atónitos y rechinando de cólera y furor caer aquellos gloriosos muros, donde tantas veces se estrellaron el orgullo y altivez de sus innumerables enemigos; pero sin gefes, desarmados, enervado su valor antiguo, nadie se atrevía á levantar una voz que contuyese aquel torrente devastador: solo una mujer recordando los dias de Débora y de Judit pudo detenerle en medio de su arrebatado curso.

Doña Ana de Velasco, marquesa de Falces, moraba entonces su palacio de Marcilla, el mas hermoso por su situación topográfica de todos los de Navarra. Al márgen del río Aragon, y no lejos tambien del Arga, se elevaba ufano con sus cuatro torres que guarnecian los flancos de la muralla coronado de robustas almenas. Ancho y profundo foso, sobre el que se alzaba el puente levadizo, defendía su entrada; y gruesos machones, sobre los cuales descansaban águilas de piedra, le aseguraban contra los embates insensibles del tiempo. Dominaba una estensa llanura poblada de sotos, viñas y olivares, y á su sombra dormía tranquilo el pueblo de Marcilla.

Esperaba la marquesa, resuelta y gallardamente determinada la aproximación del exterminador Villalva, que llevado de su natural barbarie no se contentaba simplemente con demoler los muros, si no incendiaba las aldeas, campos y cabañas indefensas. Ella misma, gallardamente vestida, cubierta de brocado de oro y pedrería, salió á recibir al coronel. Ella misma le condujo á su alcázar, aunque sin permitir que le acompañasen sus satélites inhumanos.

Un espléndido banquete esperaba al asombrado Villalva, que creía soñar al ver tan inesperado y magnífico recibimiento. Dejose en fin obsequiar, y concluido el banquete no sabia como intimar á la marquesa la órden que traía, cuando esta le sacó de apuro diciéndole.

—Y cuál es el motivo que me proporciona el gusto de tener en mi castillo al muy valeroso caballero Don Hernando de Villalva?

El rudo soldado, menos avezado al trato cortesano que á la aspereza de las armas, la respondió bruscamente.

—No creo ignoreis las órdenes del gobernador de Castilla y de Navarra; ni quien sea el encargado de ejecutarlas.

—Lo sé muy bien, replicó la señora, pero os quiero evitar el ser ingrato con la casa que os ha dado hospitalidad. Volved: decid al cardenal que mas debe contar con la fidelidad de los navarros que con su opresión.

—Marquesa, esas cosas serán buenas para despues: yo no puedo menos de llevar adelante lo que se me ha encomendado, y lo único que os concedo en atención al házaro recibimiento que me habeis hecho es que salgais cuanto antes con vuestros criados y alhajas, para que no perezcais entre las ruinas.

—Y lo único que os concedo, hombre brutal, respondió con energía la marquesa, lo único que os concedo es la vida; porque no quiero manchar mis manos con vuestra impura sangre.

¡A las armas! añadió gritando: ¡a las armas, mis vasallos!

El coronel salió apresuradamente del castillo.

Un momento despues estaban coronadas sus almenas de denodados defensores, la puente alzada y los ballesteros colocados en las saeteras de las torres. Doña Ana habia provisto su palacio de antemano de gente, armas, municiones y vituallas. Asombrados los vándalos de tan arrojado valor é imprevista determinación, huyeron á ocultar su vergüenza entre el humo y polvo de otros lugares incendiados.

Aun existe hoy en dia orgulloso el palacio de Marcilla, con sus torres y su profundo foso, con sus ágiles y sus almenas; el único que pudo salvarse de aquella devastación aun existe como una columna de honor que atestigua el heroísmo y las glorias de su bizarra y heroica defensora.

Y ¿cosa singular! al año siguiente murieron el cardenal Jimenez y el bárbaro Villalva: aquel menospreciado y abatido y este desastrosamente envenenado.

Cuando las naciones no pueden vengarse de sus tiranos, hay un Dios justo que no los deja sin venganza.

F. NAVARRO VILLOSLADA

DOS HORAS ADELANTADAS.

EL RELÓ.

Hay en Madrid una calle,
y un edificio grotesco,
que en lo ruinoso parece
un denunciado convento.

Sus grandes puertas están
carcomidas por el suelo,
y las ventanas son tales,
porque dicen que lo fueron.

No se duda que son rejas,
porque cargadas de hierro
parecen de criminales
mas calabozos que encierros:
y tiene sobre la puerta
en la fachada de enmedio
en un nicho, medio roto,
un santo de cuerpo entero.

Que á juzgar por su fachada
creyérase, cuando menos,
restos de alguna cartuja
de anacoretas austeros.

Pero engañan las ventanas,
y las puertas, y los hierros,
que allí no viven cogullas,
ni sotanas, ni manteos.

Allí se ven deslizarse
entre transparentes velos
las miradas espresivas
de las niñas de ojos negros.

Porque es tanta la hermosura
que oculta su tosco seno,
que nunca al pie de las rejas
faltaron los caballeros.

De día están meditando
en el interior del templo,
pero en las tribunas tienen
fijos los ojos inquietos.

De noche están en la calle,
ó suspirando ó tosiendo,
hasta escuchar un chasquido
que apenas turba el silencio.

Así al pie de una ventana
en una noche de enero,
y temblando mas de frio
que de fantasmas ni miedo,

impaciente estaba un jóven
escuchando los lamentos
que lanzaba la campana
de un vecino monasterio.

Once veces de la torre
salió el lastimero acento,
y el jóven que lo escuchaba
esclamó con desconsuelo.

-- Las once!... si ya es muy tarde
en vano, en vano, la espero!
¿dí, reja, por qué le niegas
á mi amor ese consuelo?

¿Por qué no dejas, traidora,
que enlazados en tus hierros
de la bella que idolatro
mire los rubios cabellos?

¡Ah! tal vez es la culpable,
y acaso en este momento
ha olvidado... Fementida...
el amor que la profeso.

Oh!... no; tal vez la rectora
la habrá salido al encuentro,
ó alguna de las porteras,

que siempre están en acecho.

Esas viejas envidiosas,
olvidando lo que fueron,
sacrifican á las niñas
con sus chismes y sus cuentos.

Pero si me amas, Adela,
si me amas, yo te prometo
que no te durará mucho
ese abominable encierro.

EL BILLETE.

Sola está...! y en blanco velo
de trasparente crespon,
quiere ocultar sus mejillas
sonrosadas del rubor.

Pero suspiros al aire
lanza de amargo dolor;
que no oculta bien la gasa
las penas del corazon.

Y el suspiro lastimero
pronunciado en débil voz,
antes de subir al cielo
otro en su lugar dejó.

Que corriendo en eco triste
de la estancia en derredor,
voluptuosos se revelan
de su amorosa mision.

Y á los débiles reflejos
de moribundo farol,
se vé la sombra de un ángel
reclinada en un sillón.

Es una Virgen hermosa
que abrumada de dolor,
parece estar estasiada
en santa meditacion.

Blanca túnica la viste,
blanco es tambien su jubón,
tan solo el escapulario
es de azulado color.

Pero descendiendo del pecho,
y tiene tanto rubor,
que en los pliegues del vestido
asustado se escondió.

Un libro lleva en la mano,
y aunque las hojas pasó,
ni una vez sus negros ojos
puso en él con atencion.

Su vista no se separa
ni un momento del reló,
que aunque no piensan iguales
se estan quejando los dos.

La péndola se lamenta
del siguo que atras dejó,
y la bella está sintiendo
que no corra mas veloz.

Pero de pronto en la calle
suenan lejano rumor,
y de su éxtasis la hermosa
alegremente salió.

Párase á escuchar, y entonces
oye mas cerca una voz;
al tiempo mismo allí dentro
daba las diez el reló.

Entre el ruido de las horas,
con prudente precaucion,
abrió la niña una reja,
y al abrirla suspiró.

Del pecho sacó una carta
perfumada y de color,
y la ató precipitada
á la punta de un cordón.

Que aunque cubrieron la reja
con diabólica invencion,
el billete enamorado
la vigilancia burló.

Que nada valen los hierros
contra un acceso de amor,
y muchas veces són ellos
la causa de una pasión.

Con un adiós no me olvides,
que entre labios murmuró,
volvió á subir, sin la carta,
el mensajero cordon.

Cerró despues la ventana,
mató la luz del farol,
y velos y escapularios
todo en tinieblas quedó.

LA CONFESION.

Ancho de cara, risueño,
muy gordo, poca estatura,
el cuello corto, y morado
del roce de la capucha.

Mucha ceja, mucha calva,
de respetable figura,
no por las canas que tiene
por que no tiene ninguna.

Un solo mechón de pelo
su anchurosa frente cruza
que por el aire agitado
sobre sus cejas ondula.

El hábito negro y blanco,
un rosario en la cintura,
y una correa colgando
con un llavin á la punta.

Lleva un breviario en la mano
con que los salmos susurra,
y entretenido en sus rezos
el claustro afanoso cruza.

Llegó á una pueria y paróse
á correrse la capucha;
se hizo una cruz en la frente
y suspendió la lectura.

El libro metió en la manga,
que no las gasta muy justas,
por eso los penitentes
ancho de manga le buscan.

Con el llavin que llevaba
entrebrió una cerradura,
pasó adelante, diciendo:
--Deo gracias! y á nadie escucha.
--Deo gracias.

--Dominus tecum,
dijo una voz tartamuda:
buenas tardes, P. Zoilo.
--Muy buenas, Doña Facunda:
diga V. á las muchachas
sin que su rezo interrumpen,
si están dispuestas que bajen
me irán diciendo sus culpas.
--Si señor, voy al momento:
ya la rectora procura
que no quede los domingos
por confesarse ninguna.

Ahora mismo la Adelaida,
la Dolores y la Julia,
y... las demas todas, todas
irán bajando una á una.

Pero Dios quiera que baje
el santo ángel en su ayuda,
porque van siendo tan malas
que no hay diablos que las sufran.

Siempre llenas de billetes,
novelas, versos, pinturas;
si lo llevo con paciencia
voy al cielo en derechura.

Y arrastrando sus chinelas
se marchó Doña Facunda,
y sentándose Fr. Zoilo
se tapó con la cogulla.

Tiene á su lado una reja
doble y de tanta espesura,
que las rejillas doradas
unas con otras se cruzan.

Y aunque la estancia que guarda
una lámpara la alumbraba,
no se ve nada por ella
como si estuviera á oscuras.

Por eso no ve Fr. Zoilo
los bellos labios que escucha
de las niñas, todas, todas,
que van llegando una á una.

Dos veces sonó en la reja
una relacion confusa,
sin que una sola palabra
del fraile las interrumpa.

Pero se le vió dos veces
echarse atras la capucha
para bendecir las sombras
que la lámpara diluja.

Tercera vez en los hierros
un eco grato se escucha,
y en blanco cendal cubierta
se arrodilla una hermosura.

Pero ya el fraile conoce
lo que la jóven le oculta,
y antes de dejar que acabe
la relacion de sus culpas,

la dice-- Adela, ayer noche
á las once, salvo duda,
¿qué estabais haciendo vos
en esta santa clausura?

-- Padre ¿no se qué deciros...!
me estraña vuestra pregunta:
estaba...

-- Echando una carta;
á mi nada se me oculta.
-- Pero acaso...!

-- Lo sé todo;
vuestra turbacion lo anuncia,
y esta carta que en mis manos
se halla acaso por fortuna

-- Pero, decidme, por donde...
os la encontrasteis sin duda:
hablad con franqueza, padre,
que en vos no cabe impostura.

-- Hija mia, yo no puedo
ni debo deciros nunca
cosas que tal vez...

-- No importa,
no quiero ignorar ninguna.
-- En fin dejemos...

-- Si, basta,
vuestro silencio le acusa.

¡ Ah! padre, rogad al cielo
que mi venganza se cumpla;
y aunque el fraile quiso hablarla
la jóven ya no le escucha.

En vano hasta doce sombras
fueron llegando una á una,
inútilmente las bellas
alli relatan sus culpas.

En vano, porque sus ojos
rubarizados se anublan,
con misteriosa cautela
dejan de contar algunas.

Inútil es se confiesen
porque Fr. Zoilo no escucha,
y está temblando el momento
que la venganza se cumpla.

(Se concluirá.)